

ÍNDICE

Introducción.....	9
I. El eterno debate	21
1. El arte de encontrar criterios	23
2. ¿Vale todo? Crítica del relativismo.....	31
3. Contra el dogmatismo	37
4. ¿Qué límites? Integridad, equidad y libertad	45
5. Viejos esquemas, líneas borrosas	51
6. Razones, sentimientos, creencias.....	59
7. La angustia de dilucidar.....	63
II. La esfera pública	69
1. Las revueltas aguas posmodernas.....	71
2. El beneficio no lo es todo. Contra el económico.....	77
3. Valores públicos y valores privados	85
4. ¿Una ética global?	91
5. La práctica del olvido y del recuerdo.....	97
6. Memoria de la barbarie.....	103
7. Esfera religiosa y esfera pública.....	107
III. Virtudes públicas.....	113
1. Pequeña gran ética.....	115
2. Virtudes públicas	119
3. Discernir el talento de los hijos.....	125
4. La voz de la conciencia.....	133
IV. El arte de deliberar.....	139
1. Contra las recetas morales	141

2.	El arte de la deliberación	147
3.	Deliberar con los demás	151
4.	La experiencia de la vida.....	157
5.	Los comités de ética. Mirada con perspec-tiva.....	161
6.	Códigos de ética y guías de buenas prácticas.....	167
7.	La esperanza ética.....	173
V.	Dos corolarios.....	179
1.	Los rostros del mal	181
2.	Los rostros del bien.....	185
	Bibliografía.....	189

INTRODUCCIÓN

Vivir implica elegir. Dice el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia que «elegir» puede tener tres significados: escoger, favorecer a alguien sobre los demás o preferir algo.

El ejercicio de vivir requiere un constante discernimiento entre lo que es bueno y aquello que no lo es, entre lo valioso y lo estéril, entre lo bello y lo feo. Así tratamos de construir un pequeño orden que nos permita existir y orientarnos en el océano de la vida, buscando refugio y la compañía de gente de calidad e intentando elegir sabiamente. Es una labor de la que dependerá nuestro equilibrio emocional y mental y el curso que tomarán nuestras vidas.

Dado que continuamente, sin buscarlo, nos vemos abocados a seleccionar un objeto de consumo u otro, optar por algún tipo de ocio o preferir un cierto camino vital sobre los demás, vivir significa escoger. A veces es fácil hacerlo, pero en otras ocasiones la decisión nos angustia, abocándonos a todo tipo de zozobras. Hay elecciones que por su densidad mental y emocional determinan el rumbo de una existencia, marcando un antes y un después; una vez hechas, nada vuelve a ser lo mismo: son decisiones irreversibles.

Escoger implica elegir. El término «elección» proviene del latín *e-lectus* (participio del verbo *ēligere*, ‘seleccionar’). Significa, pues, la acción de favorecer algo en concreto entre varias otras opciones; toda elección es un acto de predilección, algo más que una mera valoración de los

medios para alcanzar un fin, puesto que incluye optar por un fin. Esta es la verdadera libertad del hombre.

En efecto, no solo gozamos de la capacidad de escoger el medio, sino la misma finalidad de nuestras vidas, el sentido que queremos inculcarle. Si el medio se refiere a la manera, el fin atañe a los objetivos. La elección humana incluye ambos puntos; de ahí el vértigo de la libertad. Si únicamente pudiéramos escoger los caminos, nuestra libertad sería ficticia, un sucedáneo; nos ha sido concedida la facultad de discernir tanto la meta como la senda que queremos seguir para alcanzarla.

Por lo tanto, somos artífices de nuestras propias vidas. Cuanto nos acontece es fruto de una rara conjunción de la libertad y el azar, entendido como algo imprevisible que se presenta sin avisar; algo que según como puede tener un cariz positivo (la buena fortuna) o negativo (la desgracia, el infortunio). Es algo que hay que tener siempre presente. Hay hechos o circunstancias que no hemos escogido, pero que nos moldean desde fuera. Somos vulnerables a lo fortuito; cuando se presenta, todos nuestros cálculos y proyectos se desbarajustan y nos vemos obligados a retrazar nuestros itinerarios, alterando sobre la marcha aquellas elecciones que habíamos hecho a propósito.

Debemos ser humildes, reconocer que no disfrutamos de un control absoluto de la ruta que nos trazamos y que no todo está bajo el arbitrio de la voluntad e inteligencia humanas. Mientras estamos esbozando los planes que tenemos la intención de ejecutar, se presenta un intruso, alguien inesperado: el azar que nos obliga a tomar decisiones sobre la marcha y buscar refugios dignos.

Madre de todas las virtudes, la humildad es una cualidad adquirida a través de la experiencia, fruto de entender que uno no es el timonel de su propia vida puesto que su trayectoria está constantemente hipotecada por el azar, lo nuevo y desconocido. La madurez llega cuando aprendemos a absorber la novedad que irrumpen en nuestras existencias, albergándola y conviviendo con ella y con aquello que nos enseña.

Al examinar lo que mi vida ha sido hasta hoy, puedo observar que no he escogido vivir las experiencias más profundas e intensas que he tenido. Aquellas que más conmocionaron mi espíritu no fueron fruto de una deliberación racional; sucedieron simplemente con independencia de mi voluntad, sin haberlas anticipado mentalmente. Nunca fueron planificadas ni esbozadas previamente: pasaron y eso fue todo. Obligaron a alterar planes, cambiar proyectos y elegir de nuevo.

Sea en el plano afectivo o en el terreno profesional, lo más relevante que me ha pasado no lo había anticipado en mi imaginación; es decir, no lo esperaba. Y no creo que mi situación sea excepcional o anómala. Si el lector hace el esfuerzo de analizar las experiencias más vehementes de su peripecia vital, desde aquel enamoramiento febril que lo embelesó por entero, a aquel accidente que revolucionó su vida, se dará cuenta de que una buena parte de lo que ha disfrutado o sufrido no lo había planeado así. Si bien somos escultores de nuestras vidas, las circunstancias las configuran y nos constriñen.

Es algo que constato sin resquemor; lo hago gozoso porque, en realidad, aunque esas inesperadas novedades me sacudieron en lo más hondo, hiriéndome incluso, significaron una subversión de mis automatismos y alteraron mis rutinas. Un evento imprevisto incomoda; es un invitado forzoso que desearíamos que se marchase, pero una vez se acomoda y deja claro que no va a desaparecer no tenemos otra opción que aprender de él. La novedad nos pone a prueba, activando cualidades como la ductilidad, la flexibilidad, la tolerancia o la disponibilidad.

A lo largo de los años he aprendido que acoger a las novedades y cobijarlas en mi propio ser es una manera de hacerme más sabio, en tanto que rechazarlas por principio es prueba de pusilanimidad y timorata cobardía.

Si me remonto a mi época de estudiante, me doy cuenta de que una de las decisiones más trascendentales de mi vida, el escrutinio de mi vocación profesional, hubiera

sido muy distinta de no mediar la afortunada intervención de una cierta persona. En mis años de bachillerato tuve un magnífico profesor de filosofía, un discreto y humilde maestro socrático apasionado por la enseñanza que despertó mi vocación, alterando profundamente los planes que previamente me había fijado. Mientras nos explicaba el pensamiento de Heráclito o Platón, seguramente él no sospechaba que, al hacerlo, estaba despertando en mí una tremenda pasión por las humanidades.

Hasta entonces había estado interesado por la química, pero aquella persona me abrió nuevos horizontes; fue decisiva en la elección de mis estudios universitarios y nunca podré reconocérselo como debería. Gracias a aquel profesor, mi vida académica cambió de sentido, favoreciendo una orientación radicalmente distinta de mi existencia; algo que acabó sorprendiendo a propios y extraños.

Inesperadamente, poco tiempo después conocería a quien sería la mujer de mi vida, algo que sucedió sin buscarlo y contra todo pronóstico. Yo no había planificado enamorarme. Y ella, tampoco. El encontrarla representó una conmoción de tal calibre, que todo cuanto ha acontecido después se lo debo a ella: es así de simple.

A veces me divierto jugando a la biografía-ficción, intentando imaginarme cómo hubiera sido mi vida si en vez de ir a aquella escuela, mis padres me hubiesen matriculado en otra. Quizá ahora me encontraría en un laboratorio, enfundado en una bata blanca entre tubos de ensayo y probetas; la filosofía sería para mí un amargo recuerdo de los años de bachillerato, como lo es para casi todos mis amigos.

Aparentemente, los encuentros son siempre fortuitos, pero cabe la posibilidad de que obedezcan a un misterioso plan que a los humanos no nos es dado descifrar. Desde un punto de vista estrictamente racional, somos incapaces de comprender la lógica de las novedades, el hilo que supuestamente une en secreto a unos acontecimientos con

otros. En cambio, con una visión espiritual de la vida es legítimo creer que no estamos tan solos como nos parece y que este fluir de acontecimientos tiene un sentido final. Dice Søren Kierkegaard que la existencia solo puede vivirse hacia delante, pero que únicamente nos resulta comprensible al echar la vista hacia atrás.

Es algo que compruebo al explorar el inicio de algunas de las amistades que conservo en lo más recóndito de mi alma como si fueran un tesoro. El primer contacto con quien considero mi mejor amigo fue el resultado de un encuentro fortuito mientras ascendía en bicicleta por un puerto de montaña de los Picos de Europa. Ninguno de los dos habíamos previsto encontrarnos aquel día de agosto; aun así, empezamos a conversar y hacer escapadas conjuntas pedaleando. Allí se inició una relación que a partir de aquella chispa accidental fue creciendo. Yo no anticipaba encontrarme con alguien en aquella carretera ni estaba entre mis planes entablar una relación de amistad mientras subía por aquel collado.

De igual manera no me topé con el filósofo que me cautivaría hasta que decidí dedicarle mi tesis doctoral, tras un concienzudo análisis. Por azar, en una biblioteca pública encontré una de sus obras; buscando sin rumbo alguno por las estanterías, un libro me llamó la atención: *La enfermedad mortal* (1849).

Su autor era un tal Søren Kierkegaard, un nombre que me sonaba vagamente de mis años de estudios universitarios, sin que nadie me hubiese hablado de él. Pedí prestado el libro y me lo llevé a casa. Tanto me cautivó su lectura que empecé a interesarme por el resto de la obra del pensador danés, acabando por desplazarme a Copenhague para aprender su lengua y conocer su contexto. Esa decisión fue determinante para abrirme ventanas a un nuevo mundo.

Muchas veces, el encuentro acontece sin premeditarlo. Hay reuniones que buscamos deliberadamente, esperándolas ansiosamente tras haberlas subrayado en la agenda, pero

otras suceden inopinadamente, alterando significativamente el decurso de una vida. En cualquier caso, la receptividad es una condición básica del encuentro. Solo aquel que es permeable a lo nuevo y diferente puede hacer hallazgos y abrirse a nuevos mensajes; quien se encierra herméticamente en su pequeño mundo por miedo a experimentar desequilibrios y sorpresas de todo tipo, es inmune a cualquier encuentro.

Dicha cerrazón es finalmente un primario mecanismo de defensa, una manera de hacer frente al caos, el desorden y el desconcierto que provoca la nueva presencia. Es una manifestación de inseguridad, de miedo; y el miedo, como es sabido, es uno de los sentimientos más presentes en la condición humana.

Así pues, por propia experiencia puedo afirmar que los encuentros inesperados, sean con objetos como un libro, sean con personas, han sido los más fructíferos para mi desarrollo y maduración personal.

Más aún: en aquella aula de primer curso de universidad coincidimos un grupo de jóvenes por azar. Sí, todos queríamos estudiar filosofía, todos teníamos el afán de aprender nuevos conocimientos, pero esa pasión común se convirtió en el pretexto para establecer múltiples relaciones que no buscamos; así nacieron amistades o amoríos y, también, historias repletas de dolor, celos o resquemores de todo tipo.

Por toda una serie de motivos indescifrables, dos seres humanos coinciden en un tiempo y lugar, se gustan e inician juntos un camino. Ninguno de los dos tenía la intención de enamorarse, pero algo los hechiza mutuamente, obligándoles a modificar sus planes y objetivos. Se sienten unidos, misteriosamente religados, atraídos por una misteriosa fuerza que los trasciende. Escogen unir sus vidas, pero no decidieron experimentar esa todopoderosa fuerza que nace de dentro y que los ata incorpóreamente.

Somos, pues, vulnerables al azar. Pero no todo cuanto nos acontece es fruto de él. Como seres a la vez pasivos

y activos, algunas cosas nos suceden, pero también buscamos experimentar otras. La historia que construimos con el paso del tiempo es asimismo fruto de las elecciones personales, de las decisiones que tomamos en el curso de nuestras existencias. Queramos o no, vivir es elegir alternativas y separar opciones; un itinerario que nos obliga a decir sí (pero también decir no): renunciar a un cúmulo de caminos posibles que se quedan ahí como posibilidades que nunca sabremos si hubieran fructificado, por mucho que tratemos de imaginárnoslo. Una afirmación viene siempre acompañada por cientos de negaciones.

Este ejercicio de abaleo es cosa lacerante porque queríamos explorar simultáneamente múltiples territorios, acariciar otras pieles, conocer otros menesteres o sumergirnos en otras culturas, pero la elección es por naturaleza excluyente. Como ya he dicho, a veces cierro los ojos e intento imaginarme cómo sería ahora mi vida si hubiera escogido alternativas distintas a las que he seguido. Algo prácticamente imposible de hacer porque cada opción nos abre la puerta a experiencias y encuentros imprevisibles.

Aprendizajes y cruces que nos transforman y nos convierten en personas diferentes a como éramos. En la configuración de la identidad propia, el itinerario no es irrelevante: deja surcos en el espíritu, configura el carácter, conforma el alma de cada uno.

Decir sí es arriesgado, como lo es decir no. Pero vivir es alternar responsablemente afirmaciones y negaciones; hacerse mayor es descubrir con tristeza que hay caminos que ya nunca podremos explorar: aceptar los límites, dicho de otra manera. A eso le llamo «madurez». Quien no esté dispuesto a renunciar, no podrá tomar decisiones y quedará paralizado en la encrucijada mientras los demás lo esquivan a derecha e izquierda.

Al escoger algo dejamos un montón de caminos sin investigar. Podemos recorrerlos con la imaginación, pero solo con ella; la vida sigue su curso y las ocasiones que no aprovechamos se escapan para siempre: no hay segun-

das posibilidades. Es duro aceptarlo, pero no tenemos la capacidad de desdoblarlos en cada intersección y seguir así todos los senderos posibles. Escogemos uno y los demás se quedan ahí como telón de fondo.

No es casualidad que ya en el título de este libro escriba «discernir». Discernir es un acto distinto de escoger. Es, también, disociar, pero partiendo de un conjunto heterogéneo de elementos; un bebistrajo del que uno tiene que extraer algo, ayudado por su astucia intelectual y agudeza mental. A lo largo de nuestras vidas, más que elegir, sepáramos. Las opciones que se nos presentan no son nítidas ni diáfanas cual sustancias químicas aisladas en sus respectivos frascos de cristal.

Todo se nos presenta de manera confusa. En el magma de la vida encontramos lo sublime y lo mezquino, juntos y revueltos. No resulta fácil separar el grano de la paja y quedarnos con lo que es valioso, sobre todo con el gran acopio de elementos que fluyen sin cesar.

Si la vida es movimiento, es asimismo desconcierto. Es paradójico que nunca hasta ahora hubiera habido una tal abundancia de ofertas y, a la vez, tan poco tiempo para tomar decisiones. Este desequilibrio entre brevedad y exceso es algo muy propio de nuestra época, algo que genera toda clase de angustias y sufrimientos.

Alguien que estudia, pongamos por caso, al terminar su segundo año de bachillerato debe elegir qué carrera universitaria quiere seguir, y hacerlo en poco tiempo. Tendrá ante sí una inmensa oferta de grados y universidades públicas o privadas, más o menos cercanas, aunque no siempre dispondrá del suficiente tiempo y elementos de juicio para delimitar dentro de ese mare magnum aquello que verdaderamente satisfacerá sus expectativas.

En idéntica posición se encuentra el universitario que busca documentarse sobre un tema en la esfera virtual. Se topa con tanta información que a la fuerza deberá llevarse a cabo una selección; aquello que es pertinente de lo que es banal. Aunque para hacerlo necesitará dos ele-

mentos esenciales: criterio y tiempo. Le será materialmente imposible visitar todas las páginas web con contenidos relacionados con lo que le interesa; no le quedará más remedio que jerarquizar, separar y discriminar; algo que solo podrá hacer con garantías si es capaz de distinguir la fuente veraz de la espuria, la presentación con rigor de aquella que es falaz.

Así pues, vivir es cribar; no hay manera alguna de escapar a ello. Cuando aún estudiaba, me gustaba acudir al mercado de libros viejos que se celebra cada domingo en el barcelonés mercado de San Antonio. Me levantaba temprano y cogía el metro, a veces solo, a veces acompañado por un amigo. Recuerdo que con cien pesetas podía comprar hasta diez libros; era todo un placer remover las obras apiladas hasta encontrar una buena edición de Platón o de Nietzsche. Cada puesto de venta ofrecía un montón de tomos que había que remover hasta dar al azar con un ejemplar que me interesase a pesar de estar polvoriento y ajado. Un gozo inesperado que venía precedido por el esfuerzo, la incertidumbre y, en último término, por la buena fortuna.

Muchas veces, tras revolverlo todo como un obseso, después de ensuciarme con toda clase de libros y publicaciones, me iba con las manos vacías. Tal inseguridad era precisamente lo que hacía atractiva la visita; nunca sabía lo que podría encontrar. Acudir al mercado no era un proceso mecánico, un tiro garantizado de antemano como quien introduce una tarjeta de metro en la máquina de validarla.

Hacía falta despertarse pronto para llegar justo después de que instalaran los puestos. De no haberlo hecho, alguien que pasara antes hubiera podido llevarse el *Die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft* (La religión dentro de los límites de la mera razón) de Immanuel Kant, en edición de 1793 con caracteres góticos que atesoro en mi biblioteca, o el *Frygt og Bæven* (Temor y temblor) de Søren Kierkegaard que compré mucho antes de aprender el danés.

En la vida, seleccionar es un ejercicio extraordinariamente relevante. Implica buscar, remover, comparar y contrastar, para al final quedarse con lo que consideramos más bello, bueno y genuino. La posibilidad de equivocarse, de errar fatalmente, siempre está al acecho, pero esto es algo intrínseco a cualquier actividad humana.

Las personas que vamos conociendo a lo largo de nuestras vidas, no aparecen de manera ordenada y secuencial. Ahora se presenta una pero, a la vez, llega otra. Tampoco se muestran con total transparencia, siempre queda una cierta ambigüedad, un vago velo de opacidad que, cual visillo, impide ver lo que hay en el interior de la morada.

Entre lo que somos y lo que representamos existe un desfase que únicamente el tiempo nos permitirá acotar y contrastar. Las personas vienen y van, aparecen y desaparecen. Muchas veces, quien más habla es quien menos dice. Muchas otras veces, aquel con mayor presencia es el más irrelevante de todos. Seleccionar consiste en no confiar en las apariencias e ir hasta el fondo, poniendo en duda la fachada y profundizando en los arcanos de cada ser a fin de hacerse una idea correcta del otro.

Separar las palabras de los sentimientos, los sentimientos de los pensamientos, las afirmaciones de los anhelos, las descripciones de las valoraciones, son ejercicios que entrañan grandes dificultades. Cuanto más profundo es un ser humano, más difícil resulta entender las razones de sus pensamientos, las raíces de sus sentimientos, el océano de su corazón.

Discernir se utiliza a veces para describir el acto de averiguar el sentido de una cosa difícil de penetrar. Así, por ejemplo, a la hora de escoger los compañeros de viaje más relevante, el de la propia vida, hay que discernirlos bien. Las apariencias engañan y a veces el aspecto más vistoso y relumbrante esconde un gran vacío. No es la primera vez que señalo que lo más esencial no es adónde uno va, sino con quién lo hace.

Cribar es, al fin y al cabo, apostar por la profundidad, un acto trascendente por cuanto nos conduce a un terreno nuevo, más allá de tópicos y estereotipos. Es como ir separando capas hasta llegar al fondo, al meollo de la cuestión. Un ejercicio que requiere paciencia y atención, porque al adentrarnos en nuevos territorios resulta muy fácil perderse y desandar el camino.

A lo largo de nuestras vidas nos encontramos inmersos en un todo plural, un vasto Cafarnaúm donde no falta nada: personas, objetos, ofertas y todo tipo de anzuelos publicitarios que intentan seducirnos. Con todo, en medio del caos hay personas bondadosas, abnegadas y entregadas; objetos bellos a menudo arrinconados que solamente vislumbramos si cribamos lo demás; libros que perviven en el tiempo hasta convertirse en clásicos del pensamiento del hombre; cuadros que hay que contemplar porque son expresión de la belleza en estado puro y paisajes que esperan a ser disfrutados. Todo esto está allí, en el mismo saco y se requiere mucha paciencia para encontrarlo; resulta fácil desdeñarlo y difícil no pasar de largo.

Sería toda una lástima haber vivido en ese grandioso zoco como un niño extraviado, sin haber disfrutado de ningún objeto bello, texto veraz o maravilla del mundo. Sería lamentable haber juzgado a los demás por su aspecto, haber tomado las decisiones más relevantes de la vida por simple mimetismo social.

Carecemos del don de la reversibilidad. Jamás retrocedemos a la encrucijada que dejamos a nuestras espaldas y que se queda allí para siempre. A medida que nos alejamos, un montón de caminos se difuminan en el horizonte, caminos por los que jamás transitaremos de nuevo. Otros lo harán, pero tampoco sabremos qué tal les habrá ido a ellos. Podemos aprender de los errores y ser prudentes ante nuevas disyuntivas, pero no hacer marcha atrás y volver a vivir lo que ya se ha vivido.

Una buena criba es, pues, esencial para disfrutar a fondo de la vida. Debemos entrenar a los jóvenes para

que escojan bien; solo así perderán el miedo a ser los protagonistas de sus vidas y superarán la angustia inherente a toda decisión. Hacer buenas elecciones, saber separar bien, es un signo de inteligencia y una manera de retroalimentar a esta última.

Quiero terminar citando a la filósofa húngara Ágnes Heller (Budapest, 1929), al principio de su *Sociología de la vida cotidiana*: «Para comprender el libro no hace falta contar con saber especializado alguno. Ha sido escrito para todos aquellos que pueden y quieren pensar, que no temen plantearse de nuevo las preguntas infantiles. ¿Por qué esto es así? ¿Podría ser de otro modo?»¹

1. A. HELLER, *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1994.